

K 11
SERMON



PANEGÍRICO

DEL GLORIOSO MÁRTIR

SAN DIONISIO,

PATRONO

DE LA M. N. Y M. L. CIUDAD

DE

JEREZ DE LA FRONTERA,

PREDICADO

EN LA IGLESIA TITULAR DEL SANTO,

el día 9 de Octubre de 1860,

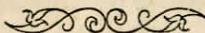
POR EL PADRE DOCTOR

Don Sebastian Herrero y Espinosa de los Monteros,

*Prepósito de la Congregacion del Oratorio y Rector del
Seminario Conciliar de Cádiz.*



Se publica por acuerdo del Exmo. Ayuntamiento.



JEREZ.

Imprenta del GUADALETE, á cargo de D. Tomás Bueno,
calle Compás, núm. 2.

1860.

Exultavit ut gigas ad currendam viam.
Se levantó como un gigante para correr su camino.
SALM. 18. v. 6.

Ilustrísimo y Excelentísimo Señor.

× Dos siglos, por cierto bien distantes entre sí, vienen en la solemnidad de este día á despertar en nuestra memoria recuerdos muy consoladores y altísimas enseñanzas. Después de cuatro mil años de preparación, apareció un siglo, que fué el primero del Cristianismo, en el que las nubes llovieron al Justo, la tierra brotó al Salvador, y el Salvador canonizó su doctrina en aquel cruento sacrificio, que con admiración de los cielos y terrible estremecimiento de la tierra, se consumó en la cima del Gólgota. Siglo de muerte para la triunfante Sinagoga y el ya caduco gentilismo, pero siglo de lucha empeñada, aterradora, sangrienta, entre las tinieblas y la luz, la mentira y la verdad, Satanás y Jesucristo.

En esa época, en esa brillante aurora del Cristianismo, hubo un hombre en Atenas, que selló con su

sangre sus creencias, y que levantándose de la postracion del error, corrió como un gigante los senderos del sacrificio. Ese hombre, el antiguo presidente del Areopago, fué nuestro ilustre Patrono San Dionisio, cuya sagrada imágen veneramos en el altar. Mil y mas de doscientos años despues la Europa, y principalmente nuestra católica España, sostuvieron una lucha de igual carácter que la anterior, puesto que si la media luna peleaba contra la Cruz, la guerra ciertamente era de Satanás contra Jesucristo. Y en esa guerra, dos veces en el dia memorable que hoy solemnizamos, nuestros Padres arrojaron de esta antigua ciudad de Asido y sus fronteras al bárbaro africano, á costa de prodigios de valor y de los mas heróicos sacrificios.

Señores, ved ahí estos dos siglos, el primero y el décimo tercio del Cristianismo, cómo se reunen hora en mi mente, bajo un lema que comprende los dos importantes acontecimientos que os he indicado y que á celebrar venimos en este santo templo. Oid el lema que los anuda y los explica: *la verdadera grandeza solo consiste en abrazar, en recorrer, en consumir la carrera del sacrificio.*

De Jesucristo Señor Nuestro dijo el Profeta Rey, que se levantaria como un gigante para correr su camino. *Exultavit ut gigas ad currendam viam.* Pues bien: no estrañeis lo que os voy á decir; yo aplico estas mismas palabras del Profeta á nuestro excelso patrono, y tambien á nuestros progenitores, y á cuantos anhelan santificarse, porque segun nos enseña el Apóstol, todos debemos procurar ser conformes é nuestro divino modelo, Cristo Jesus. Yo os digo que San Dionisio en su edificante vida y gloriosa muerte, yo os digo que

nuestros padres combatiendo en las banderas del Crucificado contra los sectarios del Alcoran, se levantaron, á semejanza del gigante de que nos habla David, para correr el camino del sacrificio. *Exultavit ut gigas ad currendam viam.* Mas claro, Señores, y voy á condensar en breves palabras todo el pensamiento de mi oracion. *Dionisio y nuestros padres, peleando y derramando su sangre por Jesucristo fueron verdaderamente grandes en sus heróicos sacrificios, porque solo en el sacrificio consiste la verdadera grandeza.*

Cristianos, no de historias que halaguen vuestros oidos, citando nombres ilustres que muchos de vosotros llevais; no de glorias mundanas que lisonjean el amor propio y envenenan el corazon, vengo á hablaros; sino de la gloria, sino de la grandeza del sacrificio; y nunca mejor que hoy, al recordar la grandeza del mártir que veneramos, puedo deciros con su maestro el apóstol de las gentes: «nosotros solo debemos gloriarnos en »la Cruz de Jesucristo.»

Para comprender y apreciar el mérito del sacrificio, pidamos hoy al que no perdonó á su Hijo Unigénito por salvarnos, y recurramos á la mediacion de la Virgen Inmaculada, que bien comprendió el sacrificio de sus dolores, en aquellos sublimes momentos en que el Arcangel le anunció toda su dicha diciéndole: *Ave, gratia plena.*

La vida humana, Ilmo. y Exmo. Señor, es una serie no interrumpida de costosos sacrificios. En la cuna salpicada de lágrimas, como en la juventud combatida por una tempestad de pasiones; en la edad viril amargada por los sinsabores, como en la ancianidad encorbada aun antes al peso del dolor que de los años; en todas las épocas y condiciones de nuestra vida mortal sobre la tierra, siempre nos vemos en el yunque de la expiacion y providencialmente impulsados á inmolarlos en los altares del sacrificio. Aun profanamente hablando, Señores, tan impreso se halla en la conciencia humana el sentimiento del sacrificio, que si preguntamos á Esparta y Atenas, y á la misma Roma, cómo adquirieron su poder, su celebridad y grandeza, nos dirán que por el sacrificio de sus héroes; y Sócrates, y Platon, y los nombres que aun viven en la historia al través de las edades nos dirán, que esa celebridad, sostenida más allá del sepulcro debieronla á sus ruidosos, si bien efimeros sacrificios. Yo recuerdo, con un sábio escritor, que la primera piedra de toda sociedad ha sido un altar en donde hánse inmolado millares de víctimas. Yo recuerdo que la sangre humana era ofrecida en holocausto á falsas divinidades por los Fenicios, los Asirios, los Árabes, los Egipcios, y que hasta el salvaje en los desiertos siente un bárbaro placer cuando ve correr la sangre de sus víctimas sacrificadas á groseros ídolos.

Desechemos estos recuerdos que afrentan á la humanidad y traigamos á la memoria, que en medio

de esas aberraciones é iniquidades, hubo seres privilegiados, que adorando al verdadero Dios, le rindieron grato culto y aceptables oblaciones. El inocente Abel presenta al Señor los mejores frutos; Noé erige un tabernáculo para ofrecer víctimas al Dios de sus padres; Abraham blande la cuchilla para sacrificar á su hijo en la cima del Moria; Moisés y Aaron, famosos caudillos de Israel, imploran la libertad de su pueblo ofreciendo al Señor sacrificios en el desierto; y este mismo pueblo presenta sus ofrendas, ora inmolando corderos, tórtolas y palomas, ya quemando espigas, incienso y perfumes en el altar de los holocaustos. El sacrificio, puede asegurarse, es un sentimiento impreso en el corazón del hombre, y aquel que encaminándose al bien sumo que es Dios, llega á mayor altura en el sendero de la abnegacion y del sufrimiento, ese es mas grande delante de Dios, y de sus ángeles, y de los hombres. La prueba mayor que la mente humana puede alcanzar de la grandeza del poder y la misericordia divinos, consiste en que el Criador se haya sacrificado en el misterio de la Encarnacion y de la Redencion del mundo derramando su sangre preciosísima. Es que la grandeza, la verdadera grandeza, se mide por la magnitud del sacrificio. Y esta verdad, que aun antes de comprenderla el entendimiento la revela en cada uno de sus latidos el corazón, viene hoy á patentizarnoslo nuestro Santo Patrono en su heroica vida y en su más heroica muerte.

No, no admireis su grandeza en los gloriosos timbres que decoraron su cuna; no, no admireis su grandeza en el alto renombre de filósofo y de sabio que adquiriera á costa de sus vigiliass y sus talentos, no le

admireis grande cuando en el collado de Atenas, presidiendo á los doce jueces, administraba justicia bajo la egida de un Dios desconocido; entonces era Dionisio muy pequeño; entonces estaba encerrado dentro de los límites de su mezquino ser; y no tenia otro horizonte cerca de sí ni otras aspiraciones, sino el horizonte y las aspiraciones del gentilismo. Vedlo verdaderamente grande, cuando se levanta del abatimiento y entra en el sendero del sacrificio. Vedlo verdaderamente grande, cuando en vez de juez toma voluntariamente la condicion de reo; cuando en vez de Maestro aprende las lecciones como discípulo, cuando en vez de regir desde el Areopago se abraza á la Cruz de Jesucristo y ofrece la garganta á la sañuda cuchilla del verdugo.

Cristianos, aprended de ese héroe de la religion, cual es la senda de la Cruz, y vedle ya á manera del gigante de que nos habla el Profeta Rey, de ese gigante que se levanta para correr su magestuoso camino. *Exultavit ut gigas ad currendam viam.*

Es cierto, como ya hemos notado, que descendiente de nobilísima estirpe, y dotado de preclaro talento, brilló en Atenas y en toda la Grecia, cual luminoso faro de la magistratura y de la ciencia. Pero; ¡ah! que su brillo estaba eclipsado entre las sombras del gentilismo; ¡ah! que su ciencia estaba impregnada del error y de la mentira; ¡ah! que su justicia no era una emanacion del cielo, sino la aplicacion de leyes, muchas de ellas nefandas, que favorecian la prostitucion y canonizaban el politeismo; ¡ah! que no habia virtudes ni en el individuo, ni en el filósofo, ni en el magistrado, ni conocia siquiera, en la disipacion de su infausta celebridad, los misteriosos caminos que á la verdadera gloria, á la

verdadera grandeza, á la verdadera inmortalidad conducen.

Pero quiso Dios que la voz de Saulo, enantes perseguidor de los Cristianos y á la sazón Apóstol de las gentes, hiriese á Dionisio, magistrado gentil, y que el alto tribunal de la nacion mas sabia del mundo, teatro de las falsas glorias de nuestro héroe, fuese testigo de su mayor grandeza en lo mas profundo de su humillacion, en lo mas costoso de su abatimiento. «Ciudadanos de Atenas, (dijo S. Pablo en calidad de mensajero divino que peregrinaba por la tierra ganando almas para el cielo) ciudadanos de Atenas, todo lo que ven mis ojos me anuncia que sois religiosos, porque al recorrer vuestra ciudad y examinar los simulacros de vuestros dioses, he encontrado un ara sobre la cual se lee la siguiente inscripcion: *Ignoto Deo* al Dios desconocido. Voy, pues, á anunciaros quien es ese Dios que adorais sin conocerlo: Él es quien hizo el mundo y todo cuanto en él existe.» El Apóstol explicó en seguida á los filósofos y á las turbas, á los sábios y á los ignorantes, en el discurso mas bello que ha salido de los lábios de un simple mortal, la unidad y espiritualidad de Dios, la creacion del mundo y la del hombre á imágen y semejanza de Dios, la caida, la reparacion, la necesidad de hacer penitencia, la resurreccion y el juicio; pulverizando de esta manera los sistemas de los filósofos sobre la pluralidad de dioses, la eternidad del mundo y otros errores semejantes. ¿Cuál os parece fué el resultado de tan magnífica y sublime arenga? El mismo que vemos frecuentemente producir la predicacion evangélica en nuestros dias: Nadie se atrevió á contradecir al hebreo que antes

apedreará á San Esteban y ahora les hablaba la ciencia de Dios; pero algunos se mofaron de él, como en nuestros tiempos hacen los impíos con los que se sacrifican por evangelizarlos; otros aplazaron su asentimiento hasta oírlo de nuevo, como acontece á los indiferentistas; y algunos, heridos por el rayo de la divina gracia, abjuraron sus errores creyendo en el verdadero Dios.

Y viose entre ellos descollar la simpática figura del presidente del Areopago, renunciando su posicion, su dignidad, sus honores, su ciencia, y exponiéndose á la burla, al escarnio, á la muerte, sacrificando á su Dios todo lo que le era mas querido; y aquel que siendo gentil al presenciar el eclipse de Sol que acompañó á la muerte del Salvador exclamará: «ó el Dios de la naturaleza padece, ó la máquina del mundo perecerá» *Ant Deus nature patitur, aut mundi máquina disolvetur*, todo lo abandona siguiendo las huellas del pobre Hebreo, que con los resplandores de la verdad divina le hirió al mismo tiempo el entendimiento y el corazón.

Grande fué, Señores, la admiracion de Atenas al ver á nuestro Santo Patrono convertido á la fé de Jesucristo y al presenciar su sublime sacrificio. Quién así empieza ¿qué extraño es que dé pasos agigantados, que vuele por las regiones de la abnegacion y del heroismo? Pero Dios que humilla á los soberbios y levanta del polvo á los humildes, segun leemos en los sagrado libros, *deposint potentes de sede et exaltabit humiles*, premió las virtudes de San Dionisio, elevándolo á una de las más altas dignidades de la Iglesia; y la misma Atenas, que le vió, voluntariamente y buscando á su Dios, bajar las gradas del sόlio del Areopago, le vió tambien subir al dosel del Episcopado, digno sucesor

de los Apóstoles, cuyo alto ministerio ejerció, segun tradicion muy autorizada, en la capital del vecino imperio de Francia, en donde obró grandes prodigios en la conversion de infinitos pecadores y evangelizando los pueblos.

Mas no era bastante sacrificio para nuestro ilustre Patrono dejar la presidencia del tribunal y la cátedra de maestro, convirtiéndose en discípulo y en reo; no era bastante haberlo dejado todo por Jesucristo, siguiendo aquel divino consejo, *qui vult venire postme abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et segnatur me* «el que quiera venir en pos de mí niéguese á sí mismo, tome su Cruz y sígame;» él emprendió, él continuó la difícil carrera de la santificacion y debía consumarla. Él se levantó como gigante para correr su camino, y gigante debia aparecer en los postreros momentos de su gloriosa existencia.

Ya la pureza de su doctrina, la importancia y autenticidad de sus milagros, la santidad de su vida y su constante predicacion evangélica concitaron el ódio de los tiranos; y la prision, y los ultrajes, y los más crueles golpes, y el hierro candente, y las hambrientas fieras, y la voracidad de las llamas, y cuantos medios inventar pudo el Infierno para entibiar la fé y la ardiente caridad de este defensor de Jesucristo, todo ello más y más le inflama en el amor divino, premiando Dios aun en esta vida las virtudes de su siervo fiel; porque los perseguidores y tiranos vieron que las llamas no eran bastantes á dar muerte á su inocente víctima; porque las fieras, ante la señal de la Cruz que Dionisio les hacia, se postraban á sus piés; y porque cuando le crucificaron, como á nuestro Señor Jesucristo, predicaba desde la Cruz el Evangelio, arran-

cando á su inicuo juez estas palabras inspiradas por la impotencia y el furor «los dioses son menospreciados, de »sobedecidos los emperadores y engañados los pueblos.»

Pero habia sonado ya en los cielos la hora de la recompensa, y nuestro escelso Patrono debia llegar á lo más alto del sacrificio, que consiste, en que así como Jesucristo murió por el hombre, el hombre muera por Jesucristo. Entonces fué, cuando á la manera que nuestro adorable Redentor fué conducido por las calles de la ingrata Jerusalem para ser sacrificado en el monte Calvario, Dionisio fué tambien conducido al monte llamado de los mártires *mons martirum*; y allí, confesando públicamente el misterio de la Trinidad beatísima, y encomendándose á Jesucristo como Jesucristo se encomendara á su Eterno Padre; allí su sacratísima cabeza fué cortada como dorada espiga que troncha la hoz del segador, ó como el boton de la rosa que arranca de su tallo el iracundo viento, y su alma voló á las celestes regiones para ceñir la eterna corona del martirio.

Decidme, Cristianos, si en la resuelta y ruidosa conversion de nuestro héroe, si en la renuncia de cuanto mas puede halagar en la tierra, si en los opróbios, en los ultrajes, en las humillaciones, en los tormentos, en la crucifixion y en la muerte de Nuestro Santo Patrono, decidme, sino veis que se agranda, á medida que más se anonada y más se sacrifica. Decidme, si en vista de tanta abnegacion y de heroismo tanto, no he debido yo exclamar con el Profeta Rey *exultavit ut gigas ad currendam viam*. Sí, Dionisio se levantó como un gigante para correr el magestuoso camino del sacrificio.

Hemos recorrido, bien á la ligera y á grandes rasgos, los actos de abnegacion y heroismo de nuestro ilustre Patrono. Le hemos visto grande al bajar desde la altura del mando hasta la humillacion de la Cruz, grande en su prolongado martirio, desde el instante de su conversion hasta el de su muerte. Y aun despues de ella, el Señor le honró con repetidos milagros y notabilísimos acontecimientos que ennoblecen su memoria, no siendo el menos importante que á su proteccion debiéramos los señalados esfuerzos, los gloriosos triunfos con que nuestros padres, arrojando de este suelo dos veces, en el memorable dia de hoy, á los sectarios del islamismo, plantaron sobre nuestros muros el lábaro inmaculado del árbol de nuestra redencion, en las inolvidables batallas y brillantes victorias que venimos á celebrar en el santo templo del Dios de Sabaot.

Señores, las ondas de nuestro patrio rio, las ondas del famoso Guadalete, testigos y no mudos de nuestra afrenta, cuando en sus orillas quedó sepultada la Goda monarquía, flotando sobre la espuma el manto del último de sus reyes, presenciaron tambien nuestras glorias en la doble reconquista de esta nobilísima ciudad. Y ni el número y ferocidad de los infieles, ni su dominacion asentada en siglos de bárbara esclavitud, ni el fanatismo que centuplicaba sus fuerzas, ni el ódio de raza que encendía su corage, ni el ardor de sus Miramamolines y Sultanes, ni sus falsos cielos y seductoras huries prometidas á los vencedores y á los que en la lucha sucumbieran, fueron bastantes á contener la marcha triunfal de nuestros padres. Entre el estruendo de la pelea, llegaba á sus oidos el eco del santo grito que

Pelayo diera en el suelo Astur; ellos veian tremolar vencedor el estandarte de la Cruz en Covadonga, Clavijo y Navas de Tolosa, y luchando como buenos hasta recobrar las llaves de la ciudad, entregadas por el caudillo moro Abenavid al sábio rey D. Alonso, y amparados siempre por la poderosa proteccion de San Dionisio, arrojaron de esta ciudad á los infieles, sembrando en ellos la confusion, el espanto, el esterminio y la muerte. Victoria insigne, á la que siguieron las de Matanza, Matanzuela, Majaceite, Redire, Tempul, Melgarejo, Jigonza y el Salado, en cuya imperecedera jornada nuestros padres arrebataron á un rey infiel ese glorioso pendon, el pendon de Benamarin, que vemos alzado entre el Vestibulo y el Altar, como trofeo el más preciado de nuestros triunfos. ¡Ah con cuán puro entusiasmo pudieron nuestros progenitores, y podemos hoy nosotros, decir á nuestro esclarecido Patrono, como los habitantes de Betulia á la valerosa Judit, despues de haber cortado la cabeza al impío Holofernes:—«Tú eres, oh inmortal Dionisio, tú eres el honor de nuestro pueblo!» *Tu honorificentia pópuli nostri.*

Mas advertid, cristianos, cual fué el titulo que más ennobleció á nuestros padres. ¿Porqué sus nombres se repiten de siglo en siglo y de generacion en generacion, inundando de santo gozo á nuestros antepasados, y á nosotros y á vuestros hijos, y será transmitido á los hijos de vuestros hijos, más que en láminas de bronce, en la memoria y en el corazon de todos los leales á su patria y fieles á su Dios? Señores, ¿fué debida esta celebridad á la riqueza de nuestros abuelos, á sus alardes de poder, á su encarnizamiento en la pelea, á su soberbia en la victoria? No, ciertamente no:

la celebridad fundada en tan efímeras bases muere casi en su misma cuna. Si los que reconquistaron este suelo que nos vió nacer viven en la memoria de sus descendientes y de los extraños, es porque fué santa la enseña que los conducia á la batalla y á la victoria; santo el espíritu que los animara; fué porque tremolaron la bandera de la Cruz y llegaron en su heroicidad hasta el sacrificio. Ciertó que por su patria y por su independencia peleaban, pero peleando por su independencia y por su patria, peleaban principalmente por su Dios. Cuando vieron arrollada la verdadera religion, convertidos los templos en mezquitas, pobladas las calles y plazas de turbantes y medias lunas, escarnecido Israel, triunfante el Alcoran, arrojada del santuario el arca del testamento; en una palabra, cuando desde el siglo octavo al décimo tercio Jerez lloraba como Jerusalem en el tiempo de su mayor abominacion..... entonces se levantó, *exultavit*, ganando instantáneamente lo que perdiera en cinco siglos de férrea esclavitud; y se levantó como un gigante, *exultavit ut gigas*; con la invencible fuerza que presta la fé, con ese poder que emana de Dios, y elevando muy alto el estandarte de la Cruz, corrió su camino de lucha, de sacrificio, y de muerte de sus mas nobles hijos, para ceñir el inmarchitable láuro de la victoria. *Exultavit ut gigas ad currendam viam.* Viérase entonces á las madres presentar á sus hijos en lo mas recio de la batalla, y á los poderosos ofrecer sus fortunas, y ellos y los pobres sus brazos, y todos su sangre, el dia aniversario en que derramó la suya nuestro santo Patrono.

Mundanos, no hay grandeza, no hay gloria que pueda compararse con la gloria y la grandeza del mar-

tirio, que es la consumacion, que es la corona del sacrificio. ¿La encontrareis por ventura en el oro, en la ciencia, en los honores, en las conquistas y en el incienso que el mundo quema en el altar de sus ídolos? Los ricos, es verdad, han acometido gigantescas empresas centuplicando su fortuna. Ellos han profundizado los mares, terraplenando sus senos y alzando sobre las aguas magníficos monumentos. Los sábios han hecho aprender al mundo cada día una lección nueva; cada siglo lega al que le sucede la adquisición de un nuevo descubrimiento y la resolución de un problema nuevo, arrancando á la naturaleza algunos de sus mas ignorados secretos. Los grandes y los conquistadores han puesto por escabel de sus plantas á poderosas naciones, llenando la tierra con la fama de sus triunfos. Pero toda esta grandeza, cuando no se encamina al bien, cuando no vá acompañada de la abnegacion y del sacrificio, es fugaz, transitoria, se convierte en humo y como el humo se disipa. Porque los ricos, en medio de su opulencia, han realizado mas de una vez la hambrienta figura del Tántalo de la fábula; porque muchos sábios han tenido que confesar, mal su grado, que erraron en los caminos de la verdad, *erravimus á via veritatis*; y muchos guerreros, y muchos conquistadores han hallado la roca Tarpeya debajo del Capitolio, ó una estrecha isla al despertar de sus fantásticos y ambiciosos sueños.

No, no cifreis vuestra grandeza en codiciar el oro, llaga profunda que devora á la presente generacion; no, no cifreis vuestra grandeza en esa falsa ciencia que os separa de la unidad católica, y que os aleja tanto más de Dios, cuanto más anhelais deseubrir en el órden

sobrenatural, arcanos que Dios no ha querido revelar al hombre; no admireis la grandeza en esos *monumentos de insigne hipocresía y tegidos de innobles contradicciones*, miserables razones de estado, con que los ambiciosos de la tierra han usurpado sacrilegamente los bienes del patrimonio de San Pedro. Conquistas de este linaje no significan grandeza sino miseria, degradacion, deslealtad, crimen; no busqueis por último la grandeza en las dignidades, en los honores, en el lujo, en la ostentacion, en la sensualidad, en los placeres. Buscadla como San Dionisio, buscadla como nuestros padres en el sacrificio: buscadla en el martirio, si Dios os llama á tanta altura, buscadla siempre en el martirio del corazon, al cual hemos sido llamados todos los cristianos, todos los discípulos del Salvador.

Nada hay mas precioso que el martirio, dice el grande Agustino; él procura una muerte que borra el pecado y acrecienta los méritos; una muerte que es imágen de la muerte de Jesucristo; semilla de los Cristianos, segun la llama un célebre apologista de nuestra religion; porque las cenizas del mártir esparcidas por la tierra producen innumerables fieles, y derriban los ídolos de sus profanos altares, y quebrantan el poder de Satanás, y abren los ojos de los que se hallan sentados en las tinieblas y á las sombras de la muerte. Que si la espada del perseguidor, segun se espresa un santo Padre de la Iglesia, corta la cabeza del mártir, esa cabeza inanimada predica el evangelio y la virtud de la Cruz, como predicaba la virtud de la Cruz y el Evangelio la cabeza animada de San Dionisio, aun despues que la cuchilla del verdugo la separó del sagrado tronco que la sustentara.

Sigamos su ejemplo, en cuanto Dios exige de

nosotros, miserables pecadores. El sacrificio hasta morir por Jesucristo; ved aquí el camino que emprendió y consumó nuestro Patrono mártir. El sacrificio hasta derramar su sangre en defensa de la religion fundada por Jesucristo; ved aquí la senda que emprendieron y consumaron nuestros padres en la reconquista de esta ciudad, arrancada á la dominacion de los implacables enemigos de la Cruz. Dionisio en su conversion y en su martirio; nuestros padres peleando bajo el estandarte del crucificado, se levantaron como un gigante y corrieron toda la senda del sacrificio. Ved ya con cuanta razon he podido aplicar á nuestro santo Patrono, que ciñe una inmortal corona en el cielo, y á nuestros padres, cuyas gloriosas cenizas nos infunden respeto y veneracion, las palabras del Psalmista, prediciendo la carrera de nuestro adorable Redentor Jesus, á quien debe imitar todo el que aspire al honroso título de discipulo suyo. *Exultavit ut gigas ad currendam viam.* Por esto fué grande nuestro Patrono, por esto fueron grandes nuestros padres. Su grandeza medida está por la grandeza de su sacrificio.

Pues bien: nosotros, hijos no ya del ilustre presidente de Atenas, sino del mortificado mártir de Jesucristo; nosotros descendientes de los que sellaron con su sangre su fidelidad como caballeros y su deber como Cristianos; nosotros, sinó queremos degenerar de nuestro noble linaje, ni ser ingratos á nuestro escelso Patrono, debemos como él, debemos como ellos, seguir la senda que nos han trazado. No todos hemos sido destinados á la crucifixion como los Apóstoles San Pedro y San Andrés, ó á ser degollados como San Pablo, abrasados como San Lorenzo, asaeteados como San Sebastian, ó á sufrir el fuego, el hierro y la Cruz

como San Dionisio; pero todos debemos llevar por Jesucristo crucificado el corazon. Debemos, os diré con San Bernardo, sufrir con paciencia las adversidades de esta pasajera vida; debemos aspirar á la gloria de los trabajos, ya que no podemos conseguir la del martirio. Abierto está para todos el camino de la pelea y el de la victoria, que no es otro sino el de la Cruz. Y en él, no lo olvideis, Cristianos, solo será coronado el que legítimamente pelear, como nos enseña el Apóstol. *Non coronabitur nisi qui legitimè certaverit.*

Ministros del santuario; sigamos esa senda estrecha pero hermosísima, sacrificando nuestro reposo, nuestra salud, nuestra vida en el egercicio de la predicacion evangélica y en la conversion de los pecadores, haciéndonos *todo* para todos.

Autoridades públicas, magistrados que administráis justicia; Dionisio en el Areopago os enseña la rectitud y en su vida apostólica el zelo y la caridad; sacrificaos por aquellos á quienes gobernais, enseñándoles con el ejemplo el egercicio de las virtudes cristianas.

Padres de familia, ningun sacrificio será escesimo para que inculqueis en la conciencia de vuestros hijos aquellos principios de rectitud y honor que hoy nos enseñan nuestros abuelos.

Jóvenes, que idolatrais en los placeres, sacrificad, os diré con San Cipriano, la concupiscencia que os devora, y habreis conseguido un magnifico triunfo sobre el devastador sensualismo en que se arrasa el presente siglo, cuya literatura, cuyos espectáculos, cuyas costumbres están impregnados del vicio de la impureza: de este siglo, que segun gráficamente lo caracteriza uno de nuestros mas elocuentes oradores sagrados, llama *fuego* al amor, y á la voluntad *magnetismo*, y á la inte-

ligencia *electricidad*, y *vapor*, *fluido* y *materia* al alma; este siglo que debiendo ser espiritual hasta en su carne, segun la enérgica expresion de San Agustin, se ha hecho carnal hasta en su espiritu. *Qui futurus est in carne spiritualis, factus est in mente carnalis.*

Vamos todos á sacrificar nuestros corazones en las aras del deber; vamos todos á sostener esas batallas contra las malas pasiones que tienen sitiadas á nuestras pobres almas. ¡Ah! cuántos de los que me escuchan gemirán tributarios y esclavos de Luzbel que los oprime con el duro cetro del pecado! Vamos á conquistar nuestras almas y á sacrificar al Señor nuestros corazones en este dia, grande por sus sacrificios, para la religion y para nuestro pueblo.

Ilustrísimo y Excelentísimo Señor, católico auditorio; ante la sagrada imágen de nuestro esclarecido Patrono, postrados á los piés de Jesucristo, que por nosotros en breve va á ofrecerse sobre el ara del altar, como se ofreció en el sacrificio de la Cruz, y tremolando ese pendon glorioso que tantas veces condujo á nuestros padres á la batalla y á la victoria; emprendamos desde ahora el camino del sacrificio crucificando nuestros corazones; reconquistemos la gracia, la amistad de Dios que perdimos por la culpa, y levantémosnos ya como un gigante, *exultavit ut gigas ad currendam viam*, para correr por la senda de la mortificacion y del sacrificio en el tiempo, que nos conducirá á unirnos con nuestro Santo Patrono en la Jerusalem triunfante de la gloria, para que con él bendigamos y alabemos á la Trinidad beatísima por eternidad de eternidades.

